



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 28. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Julio 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXV.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Dos trajes elegantes para niño. — Delantal para niña. — Fichú María Antonieta. — Traje completo de señora para baño. — Túnica-blusa, calzon y sombrero. — Fichú de tul y cinta. — Sombrillas de moda. — Vestido con chaqueta para niña. — Vestido-blusa para jovencita. — Chaqueta de piqué adornada con puntillas. — Chaqueta de piqué adornada con bordados. — Alargos de novedad para vestidos. — Traje completo de viaje. — Vestido con coraza y mantelo. — Vestido con túnica abierta por delante. — Vestido para campo y playa. — Vestido adornado con tiras de tafetán de otro

color. — Porta-sarmientos. — Cesta para útiles de jardinería. — Saco para la ropa de baño. — Cartera para la labor. — Estrella de trencilla y punto de encaje. — Cenefa bordada a la inglesa. — Cifras para ropa blanca. — Cenefa y puntilla bordadas en tul. — Entredoses y cenefas de trencilla y crochet, punto ruso y a la inglesa. — LITERATURA: La infancia, por Antonio María Flores. — De Madrid a Lisboa, por Nicolás Díaz y Pérez. — Los colores, por ***. — Espigas y amapolas, por Angela Grassi. — Conversación con las damas, por María del Pilar Sinués de Marco. — Variedades. — Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. UTENSILIOS PARA JARDIN.

Siendo muy frecuente que las señoras se ocupen por sí mismas de ayudar al jardinero en esta época del año, les serán de gran utilidad estos dos objetos, además de unos mitones hechos de tela de lana ó de lienzo crudo, y de una cajita con separaciones para llevar las semillas numeradas.

El núm. 1 muestra un paño cuadrilongo de 15 centímetros de largo por 9 de ancho, que se abotona y contiene los sarmientos flexibles y las tomizas con que se ligan las plantas cuando se injertan ó se desprende una rama que hay que sujetar: se hace en lienzo crudo y se borda con soutache encarnado.

El núm. 2 es una cesta para trasportar los útiles más precisos de jardinería, y se elije para adornarla una cesta ordinaria de 15 cents. de alta por 22 de ancha y 35 de larga. El asa se forra de percalina azul, sobre la cual se pone por la parte de afuera una tira de lienzo crudo bordada de soutache grana; todo el interior de la cesta va forrado de percalina azul, y por fuera se adorna de un plegado de tela cruda y encima una tira de percalina azul bordada de soutache blanco y con un biés crudo á cada borde bordado con grana: un paño de tela cruda con bordado alrededor y un plegado cubre la cesta, y un lazo al pié del asa por cada lado la completan.



1. Porta-sarmientos.

3 Y 4. VESTIDOS PARA NIÑOS.

(Patrones: en el pliego por el derecho, núm. VI, figuras 18 á 25)

Estos modelos muestran un vestido mismo de diferentes telas y adornos. El primero tiene la faldita plegada á la inglesa, y por lo tanto cortada al hilo; y el segundo, de percal rayado, tiene la falda nesgada de adelante, con paño entero por detrás y rizado á frunce, terminada por un pequeño volante. El cuerpecito figura chaleco, y sobre él va una chaquetita holgada con aldetas abiertas y guarnecidas de biés rayado sobre el lienzo crudo liso, ó á cuadros en el percal de rayas.



3. Vestido para niño. (Patron: pliego por el derecho, núm. VI, figs. 22 y 23).



2. Cesta para útiles de jardinería. (Dibujo: pliego por el revés, fig. 54).

11. FICHÚ MARÍA ANTONIETA PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. X, figs. 42 y 43).

Esta prenda es siempre de moda para las niñas, y se hace indistintamente en cachemir, batista cruda ó en la tela del vestido: nuestro modelo es en lana dulce gris claro, recortado en ondas bordadas y caladas, y con muchas hileras encima de cadeneta gris más oscura: un bordado á la inglesa en blanco orilla además el borde.



4. Vestido para niño. (Patron: pliego por el derecho, núm. VI, figs. 22 y 23).

12. ESTRELLA DE TRENCILLA Y ENCAJE.

(Dibujo: en el pliego de patrones, fig. 53).

Este modelo, imitación de guipure, se hará fácilmente á vista del dibujo y del grabado que ofrecemos. Principiase por hilvanar sobre el dibujo trazado en hule toda la trencilla, y se va uniéndolo entre sí por puntos de encaje como muestra 'el dibujo: despues de calada la trencilla se levanta toda la labor de encima del hule. Estas estrellas unidas unas á otras forman lindos antimagasares.

13 Á 17. TRAJE PARA BAÑO.

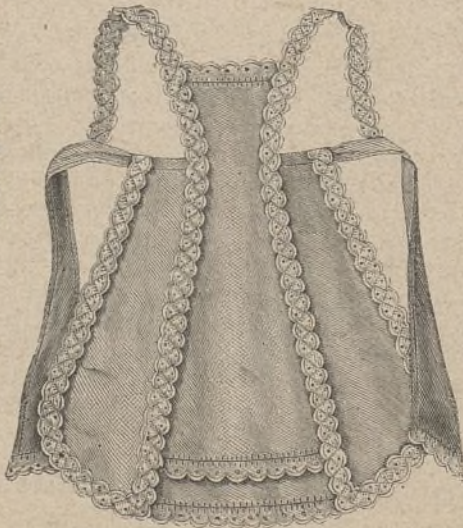
(Patron: en el pliego por el derecho, números II á IV).

La forma de blusa y calzon es el traje propio para baño, según hemos dicho ya, y estos grabados ofrecen un modelo más.

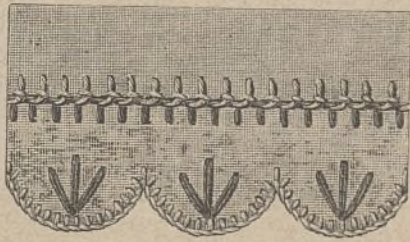
El núm. 13 muestra la blusa de franela azul adornada de trencilla grana y botones de este color: una jareta la ciñe del talle, y la completa la aldetas núm. 15 pegada á un cinturón. La blusa núm. 14 no necesita aldetas: se completa



6. Bordado para el delantal núm. 5.



5. Delantal para niña. (Véanse los núms. 6 y 7). (Patron: pliego por el revés, núm. XII, figs. 49 y 5).



7. Bordado para el delantal núm. 5.

8 Y 25. SACO DOBLE PARA ROPA DE BAÑO.

Los grabados 8 y 9 muestran el saco

ella misma de largo y vuelo por los centímetros que marca el patron, y lleva cinturilla por detras recogiendo el vuelo. Es de franela azul y blanca rayada, escotada en cuadro y adornada de biés y cabeza de la misma tela. El calzon núm. 16 corresponde por su hechura á las dos blusas, sin más que hacerle de igual tela: un puño de la misma recoge el vuelo por abajo, y una cintura partida en dos le completa.

Sombrero de palma (núm. 17) forrado de muselina de lana encarnada y con fondo bullonado de esta misma tela forrada de linon: el mismo centro lleva un círculo de palma, ribeteado como el sombrero, de trencilla grana: cintas del mismo color.

18 Y 19. CIFRAS BORDADAS.

Este tamaño de cifras bordadas á dos colores se emplea mucho para pañuelos de caballero. El bordado es á plumetis y pespunte. Pueden servir tambien para servilletas.

20. CENEFA BORDADA Á LA INGLESA.

Puede destinarse esta cenefa para guarnecer tunicas crudas ó de piqué, pudiéndose bordar sobre blanco ó sobre batista cruda con algoon blanco. El bordado es á feston y cordoncillo con calados: bordado en seda puede servir para corbatas.

21 Y 22. FICHÚ.

Es de cinta brochada y encaje bordado en tul. La cinta forma el fondo del fichú y el lazo, empleando para todo 7 metros 30 cents., y tiene 14 de ancho: se dispone bullonada sobre un fondo de tul de 23 cents. de largo por 5 de ancho, y se deja una de las puntas más largas para que cruce sobre la otra, sujetándola un lazo y una rosa. Un encaje cuyo bordado en tul ofrece el núm. 21, guarnece el fichú, ofreciendo una verdadera aplicacion de Inglaterra, con calados y gruesos cordoncillos. El número 30 muestra un encaje mucho más sencillo, que puede servir tambien, y ámbos están terminados por piquillo de encaje.

23 Y 24. SOMBRILLAS.

La sombrilla bordada es la que disfruta de más favor por el momento. La núm. 23 muestra en el centro de cada nesga un racimo de uvas, cuya hoja bordada con tul debajo deja ver el centro recortado y calado. y la 24 va toda bordada á feston y los centros de los arabescos recortados sobre tul, pudiendo completar así la una como la otra un forro de color, porque deben bordarse en negro. El pliego de dibujos ofrece el de esta segunda sombrilla.

26 Y 27. VESTIDO BLUSA PARA NIÑA DE 9 Á 12 AÑOS.

(Patron: pliego por el revés, núm. XI, figs. 38 á 41).

Las figs. 38 y 39 del pliego pertenecen al delantero y la espalda del vestido, que abrocha por atras. Los patrones contienen las indicaciones exactas de largo y ancho, que deben completarse, pues solo está dibujada la parte superior. Los grabados representan el mismo modelo con dos diferentes adorno: el 27 es de tela cruda, con volantes fruncidos de 4 y 12 cents. de ancho, orillados y terminados por arriba con biés de tela blanca ó cinta de algodón. Una línea seguida marca sobre las figs. 33 y 40 del pliego la colocacion del volantito, que figura escote cuadrado: otro volantito igual circunye la bocamanga. Cinturon-echarpe de cinta ancha de tafetan, ó para más diario, cinturon de la misma tela: el modelo grabado 26 va guarnecido con un plegado de la tela y tres órdenes de trenzas de fantasía de un ancho graduado.

28. VESTIDO CON CHAQUETA PARA NIÑA.

Es el mismo que representa, visto por delante, el grabado 3 del número del 18, cuya explicacion se dió en dicho número.

29. ENTREDÓS PARA ROPA BLANCA.

Puede ejecutarse en blanco y en crudo. El centro es de trencilla gruesa, en cuyos picos se hacen de cada lado como primera vuelta lazadas de 16 pts. en el aire y 2 puntos ds. cada una. La segunda vuelta se compone alternativamente de un pto. d. en cada lazada de la vuelta anterior, seguido de 3 pto. en el aire. Los festones últimos, contienen cada uno un pto. d. y 5 pto. en el aire.

30, 31 Y 32. CENEFA DE TUL Y BORDADO EN BLANCO.

Está la primera bordada sobre tul, destinada á guarnecer el fichú grabado 22; las otras dos, bordadas á la inglesa, no necesitan explicacion y sirven para guarnecer ropa blanca.

33, 46 Y 5 DEL NÚMERO ANTERIOR. TRAJE CON TÚNICA Y ESCLAVINA.

(Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 8).

El grado 5 del anterior núm. 27 de EL CORREO, correspondiente al día 18, representa visto por la espalda este cómodo traje de viaje, del cual el grabado 33 del presente número dá la esclavina, y el 46 le representa por delante. Las explicaciones que damos en dicho número del 18 y la exactitud de los patrones, nos dispensan de entrar en más detalles.

34. CHAQUETA PARA CASA.

(Patron: pliego por el revés, núm. VIII, figs. 36 y 37).

Es de piqué cruzado, y lleva por adorno una tira de batista bordada y puesta á tablas. El gran cuello vuelto es de tela doble, fig. 37; tambien lo son las vueltas de la manga, figs. 36, y los delanteros. Para cada bolsillo, comprendida la parte que vuelve, y que tiene 4 1/2 cents. de ancho, se emplea un redondel de tela de 13 cents. de diámetro cosiéndose á pespunte. Debe escotarse el delantero de la chaqueta 4 ó 5 cents. más que lo regular á causa de lo ancho del cuello.

35. CHAQUETA PARA CASA.

Cierra al costado, y por lo tanto se cortará el delantero derecho 8 cents. más ancho de arriba y de abajo. La chaqueta es de piqué blanco, con las solapas, el cuello alto y los bolsillos forrados de percal, constituyendo su adorno un bordado inglés de 7 cents. de ancho.

36 Y 37. MANGAS PARA VESTIDOS.

El adorno completo de la manga grab. 36, mide 23 centímetros de altura. Para el centro se emplea una tira de tela lisa de 14 cents. de ancho, orillada por ámbos lados con un biés á cuadros. Esta tira se frunce cuatro veces á cada lado, á 3 cents. de distancia del borde, de modo que el bullonado del centro mida todavía 2 1/2 cents. de ancho. Esta parte del adorno se completa por arriba y por abajo con un volante fruncido muchas veces, y orillado de un biés á cuadros. Un lazo de ámbas telas termina el adorno. La manga grab. 37, muestra como adorno dos bullones fruncidos muchas veces en los bordes, terminados por abajo con un tableado de 12 á 14 cents. de altura, y por arriba con un volante fruncido de 10 cents. de ancho, componiendo con el lazo de la tela todo el adorno de esta preciosa manga, que es de tela lisa y á cuadros.

38 Á 41 DEL PRESENTE NÚMERO, Y 10 DEL NÚMERO ANTERIOR.—TRAJE DE VIAJE.

(Patron: pliego por el revés, núms. VII y VIII, figuras 28 á 37).

El grab. 10 del núm. 27 de EL CORREO, correspondiente al día 18 de este mismo mes, representa visto de costado este lindo traje de viaje.

Como entonces dijimos, es de percal rayado, guarnecido con bieses lisos, lo que permite embalarlo sin que se aje y que no sea difícil de planchar. Los grab. 38 á 40 de este mismo número muestran separadamente la falda, la túnica y la chaqueta (esta última vista por la espalda), y el grab. 41 el modo de doblar el traje, envolviéndolo dentro del abrigo de viaje, y sujeto el todo con unas correas.

42. VESTIDO CON MANTELO Y CORAZA.

(Patron del mantelo: pliego por el revés, núm. XIV, figuras 57 y 57a).

La falda es de linon malva liso, y el mantelo y la coraza de muselina blanca bordados con arabescos color de malva. El mantelo abrocha atras bajo una cascada de cinta malva.

43. VESTIDO CON TÚNICA Y CHAQUETA.

Es de tafetan de lana crudo, guarnecido con anchos bieses á cuadros, lo que le dá una apariencia sumamente original. Los bieses son á cuadros azules y crudos, completando el adorno plegados de la tela lisa. El biés que rodea el bajo de la falda mide 17 cents. de ancho; la túnica se corta por atras del largo de la falda, y por delante de 33 cents. menos, guarneciéndose con dos plegados lisos de 7 1/2 y 3 1/2 cents. de ancho, con encima un biés á cuadros de 5 cents. El paño de delante va adornado por intervalos iguales, con cuatro bieses puestos á lo largo, cada uno de los cuales tiene 14 cents. de ancho, sesgándose hácia arriba hasta quedar en 6 cents. La túnica va ligeramente recogida en pouf por atras, sosteniéndose con bridas de la tela.

44. VESTIDO CON TÚNICA ABIERTA POR DELANTE.

(Patron: pliego por el revés, núm. XIV, figs. 57 y 57a).

La túnica se corta por el mismo patron que el mantelo grab. 42.

El traje es de tafetan de lana crudo con disposiciones bordadas. La falda lleva todo alrededor un ancho volante plegado, sujeto con otro más estrecho, un biés y cabecita bordada. Un volante bordado circunye el borde de la túnica, cerrada en parte por elegantes botones, así como la chaqueta, abierta en corazon, y que se completa con cuello y solapas de la tela.

45. VESTIDO CON TÚNICA POUF.

Este gracioso modelo es de un tejido ligero, guarnecido con tiras viveadas de tafetan de un color que se diga bien al de la tela. La túnica, muy drapeada hácia atras, bajo lazadas del mismo tafetan, termina con dos volantitos rizados, cuyo adorno se repite en la chaqueta.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LA INFANCIA.

La edad más feliz, es la en que solo se satisfacen los placeres inocentes de la infancia: el período que media entre esta y los primeros albores de la pubertad, pero al mismo tiempo es tambien la más delicada é interesante para el porvenir.

¡La infancia! ¡La infancia! Edad dichosa en que no se lucha con el cúmulo de peripecias, con el no interrumpido vaiven que ofrecen el inmenso piélago de las pasiones, el proceloso Océano de las intrigas, de las cábalas, de las desmedidas ambiciones y de las aspiraciones que conducen á la corrupcion, al desbordamiento del mal, que tanto y tanto perjudican á la colectividad humana.

En la infancia solo se aspira al conseguimiento de los diversos caprichos naturales y propios de la misma, obrando siempre de un modo inconsciente, porque la edad del niño no permite discurrir sobre lo que puede resultar de lo que con tanto empeño pretende y exige. De aquí se sigue que si los padres ó personas encargadas de su educacion y de la instruccion primera del niño no cumplen como deben con prudencia, delicadeza y tacto en las ideas que deben imprimirse en el corazon de este tierno y débil individuo, los resultados pueden ser funestos, como por desgracia sucede con muchos que más tarde, y sin saber cómo, se ven envueltos en la ignorancia, en los vicios y en el crimen, que por natural y lógica consecuencia los conducen al precipicio, á la deshonra, y hasta á una muerte afrentosa á veces.

La infancia, este hermoso plantel que ha de sucedernos, es la esperanza, el porvenir de la sociedad futura: es la base fundamental en que estribará el edificio social que en pos de nosotros viene á pasos ajigantados, con más celeridad que la que deseamos. Esta verdad, creemos que es incontrovertible, de la que naturalmente se desprende otra que no admite controversia de ninguna clase.

Si efectivamente consideramos á la infancia conducida por la senda de la buena moral, de la buena instruccion, de la dignidad y del deber, podrá sucedernos un porvenir más digno y venturoso que el que en el presente momento histórico disfrutamos. Si por el contrario, se relega á sus propios instintos y natural abandono, los resultados consiguientes de este abandono serán funestos, y la sociedad continuará luchando con sus mismos defectos, con sus propias faltas y envuelta en el más punible marasmo. Que los padres, tutores y los gobiernos tengan esto muy presente y no lo olviden jamas, porque es de la mayor importancia.

Nosotros, al fijar nuestra atencion en la infancia, en esta sociedad naciente que sucederá á la actual, no vemos más solo al niño alegre y jugueton que siempre corre tras nuevos objetos que le halaguen y distraigan, no: contemplamos al hombre en miniatura, al hombre que mañana ha de desempeñar en la sociedad el cargo ó cargos que honradez, su inteligencia y su suerte le tengan reservados; contemplamos á esos diminutos é inocentes seres que en el futuro mañana pueden ser grandes hombres en las distintas esferas del saber humano, ó grandes criminales en los fastos de la malevolencia. Ambas cosas dependen de los sentimientos y de la instruccion que al niño suministraron en sus primeros años, cuyos resultados pueden

ser buenos ó malos, por aquello de que los efectos justifican las causas que los producen.

Cuando vemos por las calles y sitios públicos una multitud de niños de ámbos sexos abandonados á su propia voluntad, aprendiendo lo que siempre debieran ignorar, é ignorando lo que debieran saber, nos decimos: «hé aquí una parte de la sociedad futura, hé aquí la base de los males que á la sociedad aquejan.» Aquí vemos á un padre ó madre acariciando á un niño que se rebela, y que para acallarlo y hacerle obedecer le ofrecen este ó el otro juguete. Más allá observamos que algunos padres, para que sus pequeñuelos les respeten y obedezcan, apelan á castigos afflictivos. Creemos que ámbos sistemas son sumamente reprobables y perniciosos, como fácilmente se comprende y nuestros amables lectores lo conocen. El primero, porque se sientan muy malos precedentes por cualquier prisma que se miren, y el segundo es impropio de seres racionales, porque esta clase de castigos solo debe aplicarse, con moderación y prudencia, cuando la indomitez de los irracionales lo exija, porque estos en ninguna época de su vida tienen ni pueden tener raciocinio, y por consiguiente ni sentido común.

Los niños fuera de sus casas ó de los establecimientos destinados á la buena educación y á la debida enseñanza, además de estar expuestos á muchos desagradables y funestos fracasos, adquieren cierta clase de modismos y costumbres altamente perniciosas, no solo para ellos mismos, sino también para la sociedad en general. ¿De cuántos disgustos, reyertas, enemistades y perjuicios suelen ser causa inconsciente los inocentes niños, por la apatía y la imprudencia de los padres que tan puniblemente faltan á uno de sus sagrados é imprescindibles deberes?

Las inclinaciones y las costumbres que en la infancia se adquieren, es muy difícil desarraigarlas despues. El corazón del niño es como la blanda cera, en donde con la mayor facilidad se graban con caracteres indelebiles todo lo bueno ó lo malo que bajo diversas formas á sus ojos se presenta. El niño es un fiel y exacto imitador de lo que vé, de lo que oye y de lo que observa; y si bien á primera vista parece que de muchas cosas no se apercebe, pronto manifiesta lo contrario con irreversibles pruebas, y con exigencias á veces propias de su infantil empeño.

El niño, de exigencia en exigencia, llega hasta lo inverosímil, lo absurdo, lo ridículo y lo perjudicial, sino se le corrige con el tacto prudente y adecuado á sus pocos años, y al mayor ó menor desarrollo de sus facultades físicas é intelectuales. Recomendamos mucho esta circunstancia á los padres de familia y á las personas encargadas de la sagrada y difícilísima misión de criar y educar á la niñez.

Grande, muy grande es la responsabilidad que gravita sobre los padres, tutores y encargados de la crianza y educación de la infancia cuando á sus deberes faltan, cuando con indiferencia miran lo que tanto á la familia interesa y á la sociedad atañe.

¿Cuántos cargos pueden hacerse, y cuán inmensa es la responsabilidad que exigirse debe á los padres, parientes y encargados de los niños, que por no sufrir las naturales impertinencias de estos los lanzan á las calles y vías públicas, donde obstruyen el paso, se arrastran, se desgarran la ropa, chillan, y para complemento de todo esto adquieren los más perniciosos conocimientos, que suelen ser la base de su vida futura!

El niño, hasta que se le conduzca al templo de la instrucción, no debe separarse nunca de su casa, del lado de sus padres, con el único fin de no exponerlo á los peligros que desconoce, á los perjudiciales conocimientos que puede adquirir, los que de un modo insensible se apoderan de él.

Con mucha frecuencia vemos en los paseos, en las calles y plazas públicas á una multitud de niños de ámbos sexos bajo la inmediata custodia de sus nodrizas y niñeras, que desde luego los abandonan á sus instintos para poder hablar con toda libertad al soldado que llega, al colega que hacia tiempo la esperaba, ó alguno de los que frecuentan estos sitios, y que suelen ser los que las conducen á su perdición, con graves daños causados á sus amos. Con estos sujetos pasan alegre é insensiblemente el tiempo, hasta que llega la hora fatal, el doloroso momento de separarse del objeto de sus halagüeñas esperanzas, fundadas quizá en una sonrisa, en una sencilla expresión. Despues de esto, y con el consiguiente aturdimiento, buscan á sus niños, que algunas veces no los encuentran, ó se les extravían, y regresan á sus casas á la oración ó despues, diciéndo á los crédulos y descuidados amos, que sus niños, como ellas les llaman, se divirtieron tanto; que han estado muy entretenidos con los niños de la marquesa A ó de la duquesa B, con otras mil patrañas adornadas con las galas de la adulación y del engaño.

Hemos dicho que la edad más feliz es la en que solo se satisfacen los placeres inocentes de la infancia; pero sin embargo de esto, con frecuencia se interponen algu-

nos contratiempos que aun momentáneamente acibaran la alegría y contento del niño al verse contrariado, lo que desaparece tan luego se le llama la atención hacia un nuevo objeto con la debida prudencia, corrigiéndole con tino y maestría.

No comprendemos, ni es fácil explicar, lo que muchos padres se proponen al castigar á sus hijos por faltas más ó menos graves, y seguidamente los besan y abrazan, llamándolos hijos de sus entrañas, y otras cosas por este estilo. Esta conducta no la creemos muy á propósito, por muchos motivos que remitimos al buen criterio de nuestros amables lectores. Al niño se le quiere más, mientras más se le corrige, mientras mejor se encaminan sus primeros pasos por el árido y difícil sendero de la vida.

El niño que se cria consentido, voluntarioso y halagado en sus pasiones, que no se le corrige, que no se le dedica al estudio de las artes ó de las ciencias, llega un día que desconociendo lo que debe á sus padres, á la sociedad y hasta á sí mismo, se lanza al tempestuoso y embravecido mar de las pasiones, de los vicios y de los crímenes. De aquí resultan las precisas consecuencias de una educación mal entendida, de una instrucción pésimamente administrada.

Llamamos, en fin, muy particularmente la atención de los padres de familia y de los pedagogos que al niño crían, educan y enseñan, que tengan muy presente cuanto dejamos expuesto, con la intención que guíe y anime las ideas que al papel transmitimos, aunque desnudas de las galas literarias, pues son hijas de nuestros ardientes y buenos deseos para lo futuro, y de lo que con tanta justicia de todos nosotros la sociedad reclama.

Madrid Julio de 1875. ANTONIO MARÍA FLORES.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XXI.

DE CÓMO LLEGAMOS Á MAGACELA.

Corría el tren por aquellos llanos de Campanario, cuando Scott, asomando la cabeza por la ventana del wagon y mirando hacia el pueblo que dejábamos á la espalda, me dijo:

—¿Qué es Campanario?

—Una villa de Extremadura.

—Ya sé que no es capital de ninguna monarquía, pero yo pregunto por su historia.

—Los legendarios romanos fundaron aquí un pueblo en honor de Lúcio Valerio, con su mismo nombre.

—De modo que este pueblo de donde salimos, es muy antiguo.

—Lúcio Valerio, Flavio Calisto y Silvano Victelio Valeriano, triunfantes en las conquistas sobre los españoles, asentaron en él sus numerosas huestes y fundaron esa población. Sobre una ermita, que aun está en pie, se lee una inscripción romana dedicada á estos vencedores, único recuerdo de la antigüedad que se conserva en Campanario. En este pueblo han nacido dos celebridades contemporáneas: D. Bartolomé José Gallardo y Doña Vicenta García Miranda.

—¿En qué han sobresalido?

—En las letras ámbos. Gallardo era el erudito y bibliófilo más incansable de los tiempos modernos. A su muerte dejó una biblioteca rica en originales y papeles raros que despues han publicado los literatos y académicos, con los aplausos de todos los amantes de las letras. La García Miranda es una poetisa eminente que aun vive y vive muriendo. Nacida en 1817, educada con los escasos medios con que se cuenta en los pueblos pequeños, siempre contrarios á las buenas letras, llegó á contar veinte años sin haber leído un solo verso ni conocer las obras de nuestros clásicos, ni los poemas del Parnaso español. Casada despues, fué madre más tarde, y cuando los deleites de la familia, cuando los encantos del hogar abrian una nueva faz de porvenir y ventura á su espíritu elevado, la muerte arrebató de su lado á los seres para ella más queridos: su hijo y su esposo. Desde aquel momento la García Miranda fué un ser contrariado, que tuvo que buscar en la literatura el reposo y la tranquilidad que faltaba á su contristado espíritu, y sin haber leído versos se sintió poetisa, y comenzó á escribir con desenvoltura todos aquellos desahogos que su alma tierna y pura guardaba misteriosamente. En 1845 publicaron los periódicos de Madrid los primeros ecos de este genio extremeño, y diez años más tarde, en 1855, coleccionaban varias de sus mejores composiciones en un volumen titulado *Flores del valle*, que se publicó en Badajoz bajo la dirección de Romero Leal. Leer todas las composiciones que se guardan en este tomo, es tanto como haber oído el eco variado y acorde de un alma noble que sabe sentir. La mejor composición es una fantasía que lleva el título *Adios á Europa*, donde revela mayormente su ingenio la poetisa.

—¿La recuerda V.?

—Perfectamente; puedo recitarla toda ella, que empieza con las siguientes estrofas:

«Quiero partir, Europa, de tu suelo,
Y lejos habitar de tus contiendas;
Quiero ver otro sol, ver otro cielo,
Y de flores pisar bordadas sendas:
Quiero al lánguido son del arroyuelo
Dichosa dormir bajo las tiendas
Del árabe feliz, donde á porfía
Sueña delicias mil la fantasía.

«¡Quiero partir! Errante peregrina,
A la espalda el land de los amores,
La sien ornada con brillantes flores,
Cogidas en el valle y la colina:
Visitaré á su vez ruina por ruina
La patria del cantor de los cantores;
Y allí donde termine mi camino,
Fijaré para siempre mi destino.

«Y de Oriente veré pasar las horas,
Horas, que, de ilusión y encanto llenas,
Doradas cual purísimas auroras,
Deslizanse armoniosas y serenas;
Allí, bajo las palmas cimbradoras,
Al plácido rumor de las arenas
Que arrastre en pos de sí mansa corriente,
Gozosa cantará la paz de Oriente.

«¡Oriente! ¡Oriente!... tus floridos brazos
Tiende hacia mí, y en tu aromado seno
Estrecha el mio, que, de angustia lleno.
Hoy las quiere olvidar en tus abrazos.
Quiero ligarme á tí con nuevos lazos,
A tí que eres feliz y tan ageno
Vives en tus jardines y arenales
A los que aquí nos cercan fieros males.

«Y tú, potente mar, mar soberano,
De tus revueltas ondas espumosas
Calma, calma las iras espumosas,
Mientras bogo por tí con débil mano:
No permitas, por Dios, que el noto insano
Agite tus entrañas borrascosas,
Hasta que ya feliz toque el desierto,
De mi derrota, en fin, dichoso puerto.

«Y adios, Europa, adios!... huyo el quebanto
Que tú me ofreces hoy en los gemidos
Del pecho de tus hijos, y en el llanto
Que viertes de tus ojos doloridos:
No más quiero mirar, Europa, cuanto
Sufren tus tristes pueblos combatidos
A la par de tribunos y de reyes,
Siendo juguete al cabo de sus leyes.

«No más quiero mirar tantas violentas,
Tantas crueles luchas, tanto estrago,
Tanto á las libertades fiero amago
Por hombres ¡ay! que á tu pesar sustentas:
¡Adios!... huyendo voy esas tormentas,
Que de tu sangre harán profundo lago,
Do reyes y tribunos, confundidos
Se vean con los pueblos sumergidos.

«¡Ah! me causas horror!... Si miro al cielo,
El humo del cañon ciega mis ojos;
Si los fijo en la tierra, ve mi anhelo
De los que fueron ya frios despojos.
Riega la sangre tu fecundo suelo,
Convirtiendo sus flores en abrojos....
Tremen tus montes ¡ay! gimen tus valles,
Y hacen parche y clarín eco á tus ayes.

«Perseguidos sin tregua tus Abeles,
Tus inocentes hijos, dan en manos
De los torvos Caines, que crueles
Decretan exterminio á sus hermanos;
Y ciñendo á la sien, tintos laureles
En su sangre preciosa, los tiranos,
En las aras de Dios ofrecen culto,
Que es más que una oración, sarcasmo, insulto.

«Y lo consientes tú, noble matrona?
Y dejarás que el Volga traspasando
Los fieros hijos de la helada zona,
Urras salvajes sin cesar abullando,
Arranquen de tu sien la áurea corona
Tu augusta faz en su rencor hollando,
Y de la esclavitud sobre tu frente
Marque el sello, por fin, hierro candente?

«¡Oh!... despierta, despierta, necia Europa!
¡Contempla los tiranos que en tí fijos
Tienen sus ojos, y á su fiera tropa
Que á hacerte va sentir males ¡rollos!
Sangre, lágrimas solo habrá en la copa
Que de hoy más libarán tus tristes hijos
Si al cabo la modorra no sacudes,
O á defender tu causa tarde acudes.

«Oye y sabrás. Los sábios que leyeron
En las estrellas de tu muerte el sino,
Tu ruina y exterminio predijeron,
Si tus brazos no vencen al destino;
Si no te alzas potente, y el camino
Sigues que otros valientes ya te abrieron,
Tú, aun de tu libertad reina y señora,
De ser esclava, en fin, verás la hora.

«Pero callas, y sufres, y toleras
Que présagos del fuego y vandalismo,
Abran paso tus pueblos á las fieras,
Que aborta de su seno negro abismo;
Y miras impasible tus banderas
Cómo audaz las conquista el despotismo,
Y, con befa y sarcasmos bien crueles,
Los tiende por alfombra á sus corceles.

«¡Oh! ¡me das compasión!... Parto y te dejo
Luchando sin luchar con tu agoría,
Y veo con dolor, cuando me alejo,
Que al fin sucumbirás en la atonía.
¡Adios!... ¡adios!... del mar el claro espejo
Velera surca ya la barca mia....
¡Ay! ¡adios! y un suspiro á mi partida
Te deja el corazón por despedida.»

Scott, que no había perdido una sílaba siquiera de estos versos, exclamó al fin de ellos:

—¡Bravo!... ¡Bravísimo! No es una poetisa, es un poeta la García Miranda, y un poeta consumado.

—Tiene otras poesías mejores.

—¡Mejores que esa!

—Sí señor; y artículos y estudios en prosa, que también ha lucido sus galas en la prosa esta eminente escritora.

—¿Y qué hace en ese pueblo?

—Vivir sufriendo. No hace muchos días que le escribía yo haciéndole la misma pregunta, y la pobre me contestó diciéndome: «Las noticias que hoy puedo dar á V. de mí, son, amigo mío, bien tristes, pues hace casi seis años se me presentó un padecimiento á la vista, que ningún oculista ha sabido clasificar. El mal ha tomado en estos últimos tiempos tales proporciones, que ya no puedo leer ni el impreso de mejor tipo. Ya puedo V. figurarse con qué amargura pasaré mis días, sin tener en qué ocuparlos, y sin



9. Doble saco para ropa de baño. (Véanse los núms. 8 y 25).



13. Túnica-blusa para baño. (Véanse los núms. 14 á 17). (Patron: pliego por el derecho, núm. 11, figs. 9 á 12).

«poder apenas salir de casa, pues aun para cortas distancias tengo necesidad de un brazo en que apoyarme. El único consuelo que tengo en mi desgracia es la paciencia y resignación que Dios me ha dado para sobrellevarla.»

—¡Pobre mujer!

—Hay una esperanza de mejorar su situación.

—¿Cuándo?

—Si lo que padece son cataratas, cuando se puedan batir.

—¿Pero se sabe si son ó no cataratas?

—Mientras la mayoría de los oculistas lo afirman, otros hay que creen ver un padecimiento nervioso afectado por la gran debilidad ocasionada por los trabajos de la poetisa. Pero de cualquier manera que sea, yo abrigo esperanzas de que mejorará. Un ser tan inteligente, que ha cantado los colores de la naturaleza, que ha sabido inmortalizarse por los ecos dulces y sonoros de su injurada lira, que siempre se ha conmovido á los rayos del sol, á los ténues reflejos de la luna, á los gorgoros del ruisenior; un genio como este, que ha tenido vista para mirar al cielo y admirar la inmensidad de los espacios, no debe quedar ciego. Homero no vió jamás los colores de la luz. Su dolor era, pues, más leve. Pero el que ha contemplado una sola vez las grandes



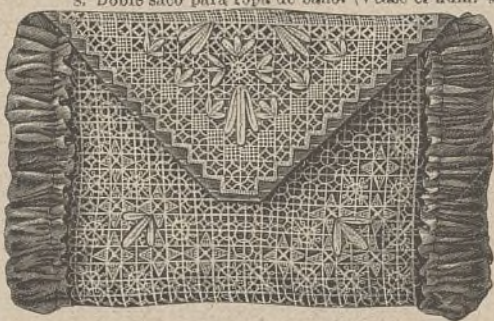
18. Cifra bordada.

dezas de la creación y en vida cierra los ojos á la luz para vivir muriendo, es tanto como arrastrar una cadena pesada de esclavitud perpétua. La García Miranda mejorará, si; ha de recuperar muy pronto la luz que hoy le niegan sus pupilas y cantará da nuevo agradecida al bien que le ha salvado. Siempre he creído en que Dios es justo.

En esto el tren acababa de parar.



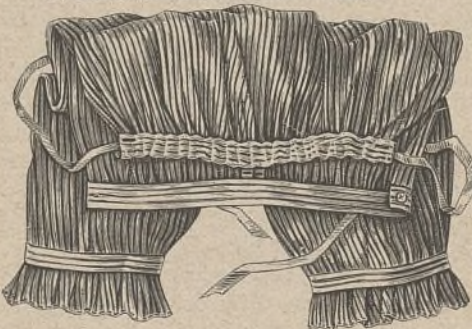
2. Doble saco para ropa de baño. (Véase el núm. 9).



10. Cartera para la labor. (Dibujo para la mitad de la parte posterior: pliego por el derecho, fig. 27).



12. Estrella de trenzalla y punto de encaje.



16. Calzon para traje de baño. (Véanse los núms. 13 á 17). (Patron: pliego por el derecho, núm. IV, fig. 15).



11. Fichú María Antonieta. (Patron: pliego por el revés, núm. X, figs. 42 y 43).



14. Túnica-blusa para baño. (Patron: pliego por el derecho, núm. III, figs. 13 y 14).



17. Sombrero de palma para baño.

ba! Porque el color verde está en la yerba? No, sino porque está constituida de manera que de los colores que recibe del sol, puede tan solo reflejar el verde. Ponedla donde no le dé luz y la vereis completamente negra. Están en la luz los colores y no en los objetos.

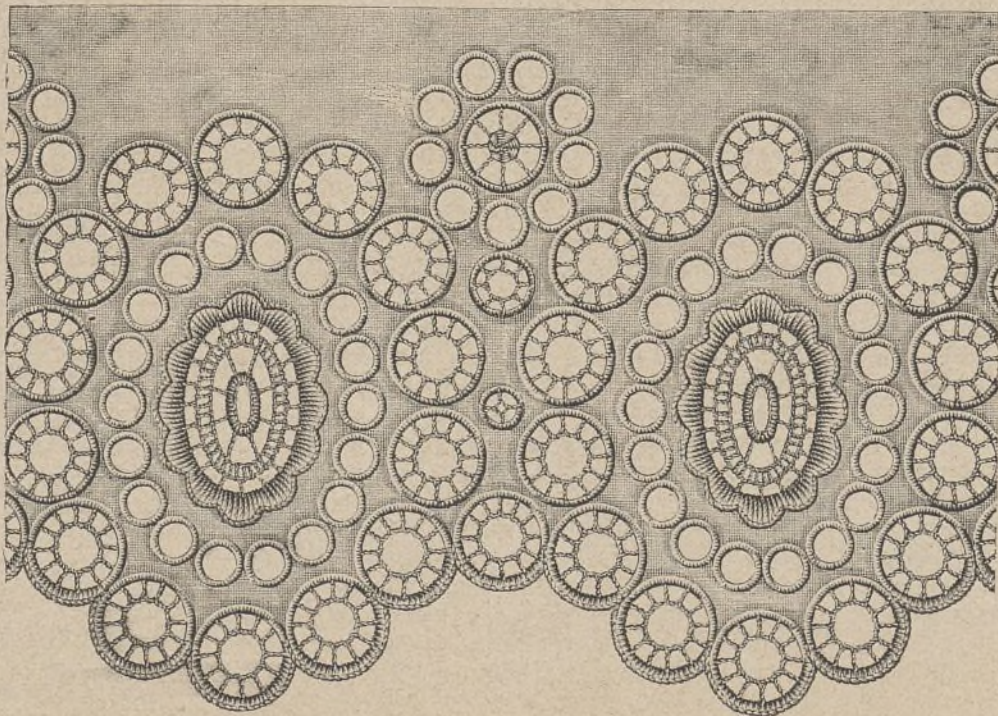
Adela.—¿En la luz? Todos los días me llenais más de asombro.

El Padre.—Cada rayo de sol está compuesto de siete colores: tres simples, y cuatro que resultan de la combinación de esos tres mismos. Absorbe un cuerpo estos colores y no refleja ninguno? es negro. ¿No absorbe ninguno y los refleja todos? es blanco. ¿Absorbe seis y refleja solo uno? es del color que refleja; rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, del color del añil ó del de la violeta.

Hay cuerpos que tienen la propiedad de descomponer la luz; y estos son los que como el rocío se presentan ora de un color, ora de otro, según la situación del que los observa. ¿A qué os



19. Cifra bordada.



20. Cenefa bordada á la inglesa.

Eran las dos de la tarde. Un hombre con la voz avinada y el mirar de loco, gritaba desde el andén:

—¡Magacela, cinco minutos!

(Se continuará).

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

LOS COLORES.

El Padre.—Clara y bella es la tarde. Bañan torrentes de luz la atmósfera. Ligeras y templadas brisas agitan la yerba de los prados. Sigamos paseando por estas alamedas.

¿Qué me decias hace poco, Adela?

Adela.—Esta mañana, padre, salimos Alfredo y yo, y nos sentamos al pie del arroyo. Estaban las márgenes salpicadas de rocío, y fijando los ojos en una gota suspendida de una hoja de hiedra, ya la veíamos de un color ya de otro: ya de púrpura como la violeta, ya amarilla como la flor de la argoma, ya relumbando como fuego. Nos levantamos y arrancamos con cuidado la hoja: la gota de ro-

cío era blanca, simplemente blanca.

El Padre.—¿Y á qué habeis atribuido este fenómeno?

Alfredo.—En vano hemos pretendido adivinar su causa.

El Padre.—¿Hería el sol la gota de rocío cuando la veiais de colores?

Alfredo.—Cierto.

El Padre.—¿Estábais de espaldas al sol ó á la sombra, cuando la visteis blanca?

Adela.—Cierto, cierto.

El Padre.—¿Y no habeis siquiera sospechado si los rayos del sol podian ser la causa de los colores de la gota? ¿Por qué os parece que es verde esta yerba? Porque el color verde está en la yerba? No, sino porque está constituida de manera que de los colores que recibe del sol, puede tan solo reflejar el verde. Ponedla donde no le dé luz y la vereis completamente negra. Están en la luz los colores y no en los objetos.

Adela.—¿En la luz? Todos los días me llenais más de asombro.

El Padre.—Cada rayo de sol está compuesto de siete colores: tres simples, y cuatro que resultan de la combinación de esos tres mismos. Absorbe un cuerpo estos colores y no refleja ninguno? es negro. ¿No absorbe ninguno y los refleja todos? es blanco. ¿Absorbe seis y refleja solo uno? es del color que refleja; rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, del color del añil ó del de la violeta.

Hay cuerpos que tienen la propiedad de descomponer la luz; y estos son los que como el rocío se presentan ora de un color, ora de otro, según la situación del que los observa. ¿A qué os



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel II^a, 2. Madrid.



parece q
son debida
los colores d
arco iris, si
á la descon
posicion d
los rayos d
sol por got
de agua su
pendidas e
las nubes?
qué los col
res del ná
sino á la de
composicio
de la luz p
los bordes
las imperce
tibles lámin
sobrepuesta
unas á otra
que constit
yen su supe
ficie? ¿A qu
los cambian
tes reflejos
del cristal y
luz por las v

No es aun
los diversos
hechos que r
ños habeis he
subir por el
tro tubo iban
principio, te
ta. ¿Ignorais
van adelgaza
cipitándose a
reflejan color
sas, más fuer
que el espeso
reflejan?

El sonido
de las vibra
ponderable;
fluido impo
por la atmós
dos son los cu
bien notas ta
más gruesas,
Las delgadas
nuestros gra
cierto sonido
de las recias
catedrales; e



28. Vestido-bl
(Patron: pliego p

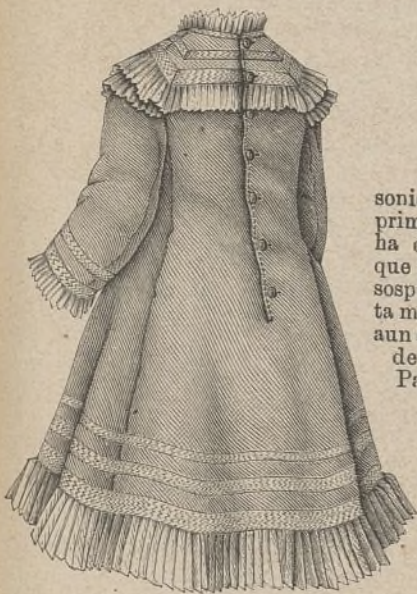
una cuerda ha
más grave sola
El diverso es
tambien para
fleje un color
de que os habl
tintos colores.
el color del to
y veis ya el pol
tamente blanc
cho no ha llan
yo sepa, la at
los naturalista
muy digno de
dícese que la
azúcar, la mism
blancas, porqu
ponen de un r
finito de pequ
mas. ¿De qué s
drán aquellas
piedras ya azu
carnadas, ya
de una trasp
lo ménos igua
los cristales n
Pero estoy de
me en consi
que no os inter

parece que son debidos los colores del arco iris, sino á la descomposicion de los rayos del sol por gotas de agua suspendidas en las nubes? ¿A qué los colores del nácar, sino á la descomposicion de la luz por los bordes de las imperceptibles láminas sobrepuestas unas á otras que constituyen su superficie? ¿A qué los cambiantes reflejos

del cristal y del brillante facetados, sino á la descomposicion de la luz por las vistas de las facetas?

No es aun posible determinar con precision de qué depende que los diversos seres de la naturaleza reflejan distintos colores; mas hay hechos que revelan algo y no los puedo pasar en silencio. Cuando niños habeis hecho todos bolas de jabon, y os habeis divertido en verlas subir por el aire. Observaríais que luego de desprendidas de vuestro tubo iban cambiando de color, ¿no es cierto? Encarnadas en un principio, terminan casi siempre por ser azules ó de color de violeta. ¿Ignorais por de contado el motivo? Las paredes de la pompa se van adelgazando porque el agua de que están compuestas van precipitándose al fondo. Si pues cuanto más delgadas, reflejan colores más delicados, y cuanto más gruesas, más fuertes, ¿no cabe por lo ménos sospechar que el espesor de los cuerpos influye en el color que reflejan?

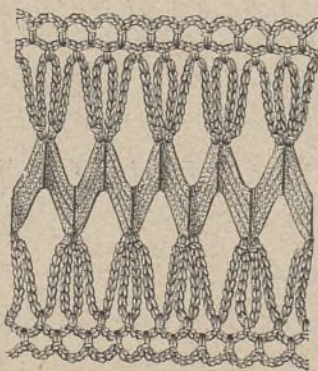
El sonido se cree que depende de las vibraciones de la materia ponderable; la luz de las del éter fluido imponderable difundido por la atmósfera. Cuanto más delgados son los cuerpos sonoros, dan tambien notas tanto más agudas; cuanto más gruesas, tanto más profundas. Las delgadas láminas de cobre de nuestros grabadores producen por cierto sonidos muy distintos de los de las recias campanas de nuestras catedrales; el bordon de la guitarra,



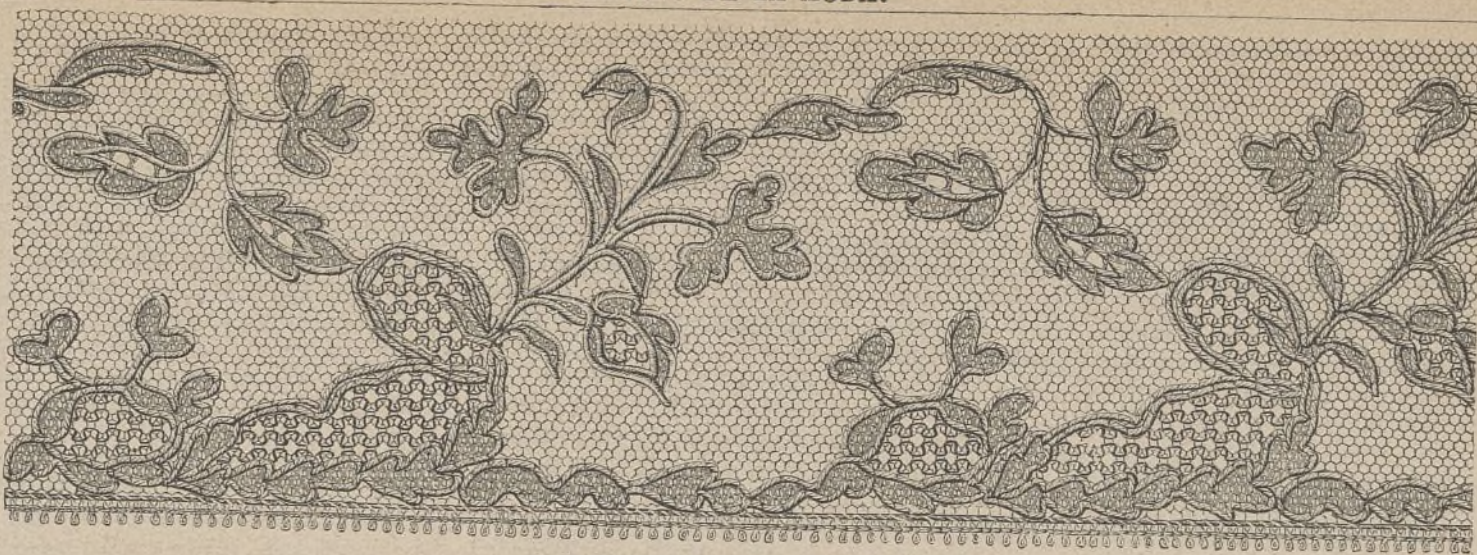
26. Vestido-blusa para niña. (Véase el núm. 27. Patron: pliego por el revés, núm. IX, figs. 38 á 41).

una cuerda ha de vibrar 4.224 veces por segundo; para el más grave solamente 15.

El diverso estado de las moléculas de un cuerpo tengo tambien para mí que ha de influir muchísimo en que refleje un color ú otro. En esas mismas salinas de Cardona, de que os hablé otra tarde, hay pedruzcos de sal de distintos colores. Los rompeis y veis siempre en las partes el color del todo. Mas los machacais, los reducís á polvo y veis ya el polvo completamente blanco. Este hecho no ha llamado, que yo sepa, la atencion de los naturalistas, pero es muy digno de exámen: dícese que la nieve, el azúcar, la misma sal, son blancas, porque se componen de un número infinito de pequeños prismas. ¿De qué se compondrán aquellas enormes piedras ya azules, ya encarnadas, ya verdes, ya de una transparencia por lo ménos igual á la de los cristales más puros? Pero estoy deteniéndome en consideraciones que no os interesan.



29. Entredós de trencilla y crochet.



21. Cenefa bordada en tul para el fichú núm. 22.



22. Fichú de tul y cinta. (Véase el núm. 21).



23. Sombrilla marquesa.



24. Sombrilla bordada de arabescos. (Dibujo para el bordado: pliego por el revés, fig. 26).



25. Cenefa para el saco núm. 9.

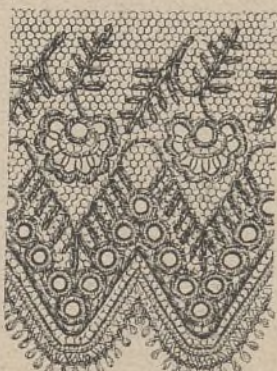


27. Vestido-blusa para niña. (Véase el núm. 26). Patron: pliego por el revés, núm. IX, figs. 38 á 41).

yo á propósito habia individualizado. Las generalizaciones, cuando como la tuya vienen apoyadas en hechos, dan buena idea de la razon del que las formula. Toda luz, es cierto, tiene, generalmente hablando, las mismas propiedades. Mas hay entre la naturaleza y la artificial diferencias, que, aunque pequeñas, no son para olvidadas. La luz del sol es blanca, la de tu lámpara amarilla. La de tu lámpara altera, por ser tal la apariencia de ciertos colores. ¿No has observado nunca que lo que es azul de dia parece verde de noche? El color amarillo de la llama de las lámparas y las bujías se combina con el azul, y da por resultado el verde, que no es sino la combinacion de aquellos dos colores.

Adela. — ¿Darán tambien lugar á que padezcamos muchas ilusiones los colores? ¿no es cierto?

El Padre. — ¡Tanto, Adela!... Fijas por algun tiempo los ojos en el sol, el fuego, los campos, el azul del cielo; y al apartarlos no ves ya ningun objeto con el color que realmente tiene. Tal, que aislado te parecerá oscuro, al través de otros le verá claro y brillante ¿eres tú que tu sangre tiene ese bello color encarnado con que la ves cuando miras al trasluz tus dedos? No: la ves así porque la materia que la colora flota en una especie de humor lechoso. Al través de un líquido blanco como la leche, todo cuerpo de un color rojo-oscuro, adquiere transparencia y fuerza. ¿Ignoras, por



30. Puntilla bordada en tul. (Puede servir para el fichú núm. 22).

Alfredo. — ¿Que no nos interesan? Seguid, seguid, ardo ya en deseos de saber qué condiciones han de reunir los cuerpos para que descompongan la luz de los rayos del sol.

El Padre. — La descomponen principalmente los cuerpos transparentes prismáticos, sobretodo el agua. Tomas mañana un prisma de cristal, y has

cas que vaya á dar en él un rayo de sol que baje por un agujero abierto en la puerta de tu ventana. Verás al punto reflejados los siete colores, ya en el suelo, ya en el techo, ya en las paredes de tu aposento. ¿No los has visto acaso nunca sobre el mantel descompuestos por el agua de las botellas? El agua descompone la luz del sol en las cascadas, en los blancos y espumosos penachos que forma al salir de las fuentes de nuestros jardines, en las gotas con que salpica las plantas, los metales, los cuerpos que tardan en absorberla y evaporarla.

¿Cómo estás tan silencioso, Eduardo? ¿Nada se te ocurre á tí hablandose de cosas tan bellas?

Eduardo. — Temo despegar los labios desde que me dijisteis que sobre la razon predomina en mí la fantasia; mas ya que me estimulais á que diga algo, permitidme que os pregunte: ¿y es solo la luz del sol la que se descompone en el prisma? A la luz de mi lámpara distingo en los

objetos los mismos colores que de dia; de noche he visto la araña de un teatro chispeando y despidiendo de sus ricas mazorcas de cristal innumerables reflejos de todos los colores. ¿Lo que habeis dicho de la luz del sol, es ó no aplicable á la luz de todas clases?

El Padre. — Bien, Eduardo. Has sabido generalizar lo que



28. Vestido con chaqueta para niña. (Patron: pliego por el revés, núm. XI, figs. 44 á 48).

fin, que cambia el color de tu misma cara según el del traje que vistes, y el de los objetos que te rodean? Obran recíprocamente esos colores sobre otros, y nacen de esta mutua y continua influencia gradaciones de color infinitas, que son la desesperación de los pintores que se empeñan en reproducirlas.

¡El color está en la luz, y es la luz tan engañosa!... Presenta invertida nuestra imagen en el agua, levantado el cauce de los arroyos y los ríos, quebrados en el mar los remos de nuestras ligeras barquillas.

Nos hace ver el sol, la luna, los buques de alto porte antes que estén en nuestro horizonte. Sufrir refracción, es decir, desviación, al pasar del agua al aire, del aire al agua, de un aire más denso a otro más raro, de un aire más raro a otro más denso; y nos da ideas equivocadas de una multitud de fenómenos, si nuestra razón no los hubiese estudiado detenidamente, enseñándonos a rectificar los errores a que con tanta frecuencia nos conduce. No entra por poco esa misma refracción de la luz, en la colorización de ciertos objetos. A ella es principalmente debido, así el bello color de un cielo arrebatado, como el de esas amarillentas nubes con que se nos suele anunciar la lluvia; á ella, que se nos presentan á veces en orden inverso los colores del iris; á ella, que ni dos personas podamos ver el mismo arco.

Eduardo. — ¡Y preguntaba que si nos engañan los sentidos! — Ved, padre, que el sol traspone ya las vecinas cumbres. Mucho deseo conocer la luz y saber la causa de tan falaces apariencias; mas temo el aire de la noche por la pobre Adela. Cortemos ya la plática y crucemos alegre y lentamente el valle.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

CAPITULO SEGUNDO.

(Continuación).

Leopoldo se conmovió vivamente al ver mis lágrimas, y me estrechó la mano con tierna efusión.

El peligro era inmenso, tenía que luchar y vencer en el instante mismo, si no quería sucumbir á mis tumultuosas sensaciones; tenía que interponer una barrera entre los dos, si no quería exponerme á vender mi secreto.

— Acepto el título de hermano que V. me ofrece, le dije con voz trémula, y en cambio le prometo ser fiel depositaria de su dicha. Durante su ausencia, yo consolaré á Cristina, yo la hablaré del hombre generoso, único digno de merecer su afecto.

— ¡Sí! murmuró Leopoldo con tristeza. ¡Son tan frágiles las promesas de un corazón de veinte años!

La mente de las jóvenes es como un límpido espejo, que solo reproduce las imágenes de los que están presentes!

— ¡Oh, nó! exclamé con fuego, el corazón de Cristina no es de los que olvidan.

— ¡Nó! repuso Leopoldo en voz tan baja como si hablase consigo mismo, y no obstante, y sin duda á pesar suyo, observo que á veces un lazo, una flor, bastan á distraerlo: basta á entusiasmarla la descripción de un traje... Quisiera que fuese un poco más seria... ¡Como V., por ejemplo!

— Es muy niña, le interrumpí sonriendo, y bien se ve cuán exigente es el amor, cuando lamenta estas pequeñeces, en quien está adornado de tan bellas perfecciones!

Dios únicamente sabe cuánto me costó pronunciar estas palabras que envolvían un reproche. Dios sabe únicamente cuánto me costó separarme de su lado, pretextando una ocupación precisa, y con cuánta desesperación fui á esconderme en mi aposento, para dar libre suelta á mis lágrimas amargas.

También Cristina estuvo llorando toda la mañana, y casi la ví próxima á desmayarse cuando Leopoldo, repitiéndola sus juramentos, la dió el adiós de despedida. Permaneció sollozando, apoyada en la puerta, hasta que el noble jóven desapareció entre los árboles; pero entónces...

Margarita se detuvo irresoluta al pronunciar estas palabras:

— Padre mío, mi buen D. Silverio, repuso pasados algunos instantes, para decir toda la verdad, me veo precisada á motejar á mi hermana; pero esta es una confesión, y es V. mi confesor...

— Habla, habla, exclamó D. Silverio, no omitas ni una palabra, ni siquiera un pensamiento. Además de confesor, ¿no me has elegido por juez?

— ¡Cree V., prosiguió Margarita vacilando, cree V. que haya mujeres que finjan el llanto? Yo no lo creía; pero entónces hube de convencerme de esta triste verdad. Apenas Cristina dejó de ver á Leopoldo, se enjugó las

lágrimas y entró en casa tranquila y sonriendo. La metamorfosis fué instantánea y completa, y yo no podía dar crédito á mis ojos.

— Temía que al fin no se marchase hoy, dijo, porque la marquesa me ha escrito que ha llegado anteayer á la Granja, y que esta noche da un baile, al cual me ruega que concurra.

Me quedé estupefacta.

— ¡Pero tú irás! exclamé sin poder contenerme.

— ¡Y por qué nó?

— ¡Hoy! ¡En el instante mismo en que te separas del hombre á quien adoras!

— ¡Adorarlo! dijo Cristina sonriendo con ironía.

Se encogió de hombros y se dirigió al tocador, en donde se estuvo probando uno por uno todos sus vestidos.

Fué al baile y tardó tres días en volver. Había dejado su aire tímido y modesto, para ser otra vez la misma Cristina de antes, brillante y decidida.

El día en que volvió, para marcharse de nuevo con la marquesa, que, según decía, no podía vivir sin ella, comió con nosotras, y durante la comida estuvo refiriendo los multiplicados obsequios que había recibido, y enumerando los nuevos adoradores que había conquistado.

Aquello me pareció un insulto hecho á Leopoldo.

— Esas lisonjas de que tanto te vanaglorias, la dije con tono indignado, son vanas lisonjas, que no nacen del corazón.

— ¡Y qué me importan á mí los corazones! exclamó riendo. Quiero que me encuentren hermosa, que me lo digan, y que todas las mujeres tengan celos al ver que soy la preferida.

— Entónces repuse con vehemencia, ¿por qué aceptas el amor de un hombre honrado, si no sabes ó no puedes corresponder á él?

— Porque me dará lo único que me falta para brillar en sociedad: un nombre, un título y riquezas, respondió con sin igual aplomo.

La indignación y el desprecio me impidieron contestar. Mi madre, más reflexiva, participaba de mis ideas, comprendía mi carácter, y conociendo que podía haber peligro en hacerme aquella confesión, la dió violentamente con el pie, para obligarla á guardar silencio.

Pero á Cristina le parecieron absurdos mis escrúpulos, y quiso convencerme y justificarse al mismo tiempo.

— ¡Sabes lo que es la felicidad! exclamó. Tú aislada en este rincón del mundo, no puedes comprenderla; pero yo te la pintaré con verdicos colores. Tener por casa un palacio, magníficamente amublado; tener dos ó tres coches de lujo, y lacayos, con libreas tan vistosas como las de la régia casa. Dar grandes bailes, grandes comidas, y presentarse en ellas con riquísimos trajes, que deslumbren á los hombres y hagan rabiar á las mujeres. Poseer además muchos diamantes, muchas perlas, muchas joyas, porque no puedes figurarte cuán mágico es el efecto que producen, si brillan entre una negra cabellera ó sobre un pecho de alabastro. Con semejantes alicientes y ser algún tanto hermosa, se tiene una brillante corte de adoradores, que se querellan sin cesar por obtener una mirada, una palabra ó una sonrisa, y su correspondiente corte de mujeres, que se disputan por acompañarnos y recoger algunas hojas caídas de la corona que ciñe la que es reina del lujo y de la moda.

Después de todo esto, entra el capítulo del marido. Si es jóven, tanto mejor; si es viejo, poco importa. El caso es que no sea ni ridículo ni exigente; que no nos cause demasiada vergüenza al presentarnos en público con él y que nos deje libres de obrar como nos plazca.

Aquí tienes, en cuatro pinceladas, el cuadro de la verdadera felicidad, porque lo demás son niñerías. Y bien: ¿qué me respondes? ¿Te ha dejado absorta el brillante panorama que acabo de ofrecer á tus asombrados ojos?

— Nó, respondí con profunda tristeza; mi alma no ha sido formada como la tuya; mis ideas son muy distintas de las que tú profesas. Yo no puedo fundar la felicidad en esos bienes materiales que tanto encomias; yo creo que el alma tiene derechos más altos, aspiraciones más sublimes. Se llora en un palacio y se ríe en una choza. La que ostenta un rico traje de damasco, se acostumbra pronto á él, se cansa de llevarle y suspira: ¡el alma no se cansa de hacer bien, de hacer felices!... ¡Los triunfos del amor propio son monótonos; los halagos de la adulación se parecen los unos á los otros; son como esos brillantes edificios que el hielo forma en las montañas, que se deriten con el calor y desaparecen, no dejando más huella que un inmundo charco de agua! Y luego, mañana serás vieja: ¿en dónde hallarás refugio, en dónde hallarás consuelo?

Además, para mí el matrimonio es otra cosa mucho más seria de lo que tú piensas.

Esa santa alianza de dos almas que se confunden, por decirlo así, en una sola, y unen sus intereses, su porvenir, sus esperanzas, ofrece un espectáculo demasiado su-

blime para no respetar su santidad, para no creer que es el mismo Dios quien la ha concebido, y nos la impone como uno de los primeros y más sagrados deberes que hemos de cumplir en nuestra triste peregrinación sobre la tierra. Nó: ¡el lazo que une á esas dos almas, que caminan apoyadas la una en la otra por el áspero sendero de la vida, y que al reproducirse transmiten á las prendas de su amor su gloria y sus virtudes, no es, no puede ser un lazo frívolo, formado por el capricho ó las conveniencias sociales. Acercarse al ara nupcial sin hallarnos penetrados de nuestros santos deberes, sería un enorme delito cometido contra Dios, contra la sociedad, y sobre todo, contra el hombre, que deposita lealmente en nuestras manos el porvenir de su vida terrestre y el porvenir futuro de su alma.

Tú hablas de los espléndidos placeres del mundo; pero ¡ah! ¡cuán grato debe ser verse amada de su esposo y respetada de sus hijos! ¡Cuán santos los goces de la tierna compañera que enjuga una lágrima del compañero de su vida! ¡Cuán inefable el júbilo de la madre que ve germinar en los corazones de sus hijos las virtudes que ha procurado estampar en ellos! ¡Con qué tranquilidad dirá adios á la vida la que deja en el mundo seres que perpetúan su nombre, que bendigan sus virtudes, que lloren su memoria! ¡Hé aquí, hé aquí el único destino de verdadera gloria y felicidad que Dios ha señalado á la mujer, y que me parece digno de ambicionar en la tierra!

— ¡Soberbio discurso para un reverendo misionero! exclamó Cristina, que no podía contener la risa: ¿quién te ha imbuido tan ridículas ideas?

— ¡La razón, respondí con calma; nada más que la razón! ¡Oh, hermana mía! piénsalo bien: ¿qué le dirás á la sociedad, cuando llamándote á juicio te pregunte cuál es el buen ejemplo que le has dado en cambio de tu parte de ventura? ¿Qué dirás á Dios cuando te pida cuenta del alma que te ha dado, y que tú has arrastrado por el cieno? ¿Qué dirás, por fin, á ese hombre, cuando te eche en cara sus esperanzas defraudadas, su porvenir perdido, su pobre corazón hecho pedazos? ¿Qué le dirás? ¡Responde!

Cristina, mi amada Cristina, piénsalo bien: ¡ay de la mujer que lleva ante los altares la mente llena de fútiles ideas, de locas ambiciones, de insensatas esperanzas! Mi madre me lo ha dicho hace pocos días: ¡la oruga que quiere convertirse en mariposa, se abrasa en la llama que la deslumbra! El brillo exterior, el cropel mundano, no se han hecho para la mujer: ¡ay de la que quiere embriagarse de placeres turbulentos que le están vedados y remontar su vuelo á una esfera de vanagloria, de la cual la arrojan severamente Dios, la sociedad y su propia conciencia!

Cristina había cesado de reír, y sus mejillas inflamadas, sus ojos chispeantes, demostraban bien que la cólera había sucedido á su anterior hilaridad.

— ¡Né! exclamó; desde cuándo tú, sin instrucción y sin talento, quieres darme lecciones á mí, que he recibido otra educación más vasta?

— ¡Yo, si no en los libros, he aprendido en mi propio corazón á conocer lo que es justo, lo que es bueno!

Cristina enfurecida, hizo un gesto amenazador; mi madre se puso lívida.

¡Ay! mi madre piensa como yo: mil veces la he oído repetir mis mismas ideas; pero en tratándose de Cristina, se convierte en eco.

— Esta es una niña loca, me dijo con punzante acritud; cuando los años la reduzcan al papel que tú, aunque jóven representas, pensarás de otra manera.

— Siempre predicán virtud, murmuró Cristina, los que no se hallan en estado de practicar otra cosa.

Conoció que el mejor medio de cortar aquella disputa era marcharme, y así lo hice, yendo á dar un paseo por el huerto.

No sé si mi madre tomó esta acción por falta de respeto, si Cristina la creería hija del desprecio, lo cierto es que desde aquel instante data el odio inconcebible que ámbas me profesan.

Cristina volvió á San Ildefonso, en donde permaneció todo el tiempo que duró la jornada.

Yo me encerré en mi cuarto y pasé llorando la noche. Por la primera vez de mi vida acusé á la ciega naturaleza, que tan prodigamente derrama en unos sus beneficios, mientras con otros se muestra tan avara, y acusé sobre todo á los hombres, porque al elegir la compañera de su vida, solo se dejan alucinar por la hermosura del cuerpo, sin pensar ni un solo instante en la del alma.

¿Qué importa para ellos, pensaba, que una mujer sea buena, que sus ideas sean sensatas, que trate de adornar su entendimiento con el estudio lícito á su sexo! ¿Qué les importa todo esto, si no puede ostentar una espléndida belleza, que el acaso concede, y que no le es dable adquirir á costa de sus afanes?

Yo me sentía infinitamente superior á Cristina, y no

obstante, ella era amada con delirio, mientras á mí me miraban con desdenosa indiferencia.

Aquella noche, padre mio, fui injusta, soberbia, ingrata; aquella noche tuve envidia, y abrigué deseos de venganza.... Pero la noche pasó, vino la aurora, me postré delante de la imagen de la Virgen soberana, y me arrepentí de corazón de cuanto habia pensado, y lloré mis culpas, y la supliqué que devolviese á mi espíritu la pasada calma.

La Virgen hizo el milagro, padre mio. Desde entonces no abrigó más que un deseo, y es que el tiempo minore la ligereza de Cristina, y la haga feliz, juntamente con Leopoldo.

Este no pudo regresar tan pronto como pensaba, pues halló á su padre gravemente enfermo, y no quiso abandonarle. Mi hermana no tuvo valor para esperarle aquí, para pasar en esta soledad el invierno, y se fué á Madrid con la marquesa, y allí está hace ya tres meses, sin contestar á nuestras cartas, sin acceder á las instancias de su madre, que quiere abrazarla ántes de morir.

Margarita guardó silencio durante algunos instantes, y luego repuso:

—Le he hablado á V., D. Silverio, con la misma sinceridad que lo hubiera hecho á Dios, que lee en el fondo de las almas: dígame V., ¿qué halla V. en mi conducta que pueda dar lugar á que mi madre me rechace y me aborrezca? Si he concebido un insensato amor, ¿acaso no le he expiado bastante? ¿No he tenido la suficiente fortaleza para sobreponerme á él y ocultarlo al mundo entero?

—No, dijo D. Silverio, que parecia meditar profundamente, nada hay en tu proceder que pueda causarte el más leve remordimiento. Yo quisiera, no obstante, que olvidaras á ese hombre, porque esta pasión tal vez te impediría contraer un enlace razonable.

—¿Quién quiere V. que se fije en mí, pobre y fea? exclamó Margarita con triste sonrisa.

—¿No desconfíes jamás de la Providencia, niña! replicó vivamente el bondadoso sacerdote. ¿Sabes, por ventura, lo que te reserva la suerte? ¿Sabes si tu fortuna se cambiará de un modo inesperado? ¿No has oído decir que los últimos son á veces los primeros en el banquete de la dicha?

Yo, por mí, tengo buenas esperanzas. Más de una vez he soñado que te veía convertida en una señora rica, haciendo la felicidad de cuantos estaban á tu alrededor, y ¿quien sabe si algun día se realizará mi sueño?

Margarita le miró asombrada.

—No, no vayas á formar castillos en el aire, añadió vivamente D. Silverio, para esto solo cuento con la infinita misericordia de Dios, que dá á cada uno su merecido. Pero es preciso que, por tu propia tranquilidad, olvides esa pasión que te hace desgraciada.

—¿No puedo! ¡oh! ¡no! ¡no puedo! murmuró tristemente Margarita.

—Hija, se apresuró á decir D. Silverio. ¿Esa palabra en boca de un cristiano es una blasfemia! Contando con una firme voluntad, y el auxilio del Señor, todo se consigue.

—Pues bien, replicó la jóven con tono sumiso. Entonces procuraré obedecerle á V. y olvidar lo que está tan fijo en mi pensamiento.

—¿Así me gusta, que seas razonable! respondió don Silverio, acariciando la mejilla de la jóven. Por lo demás, descuida, que yo iré á ver á tu madre y la hablaré á lo vivo. Tú obra bien, y no te inquietes demasiado por sus desabrimientos, que son producidos más bien por la enfermedad que por falta de cariño.

Ea, vamos, porque la noche ya ha cerrado, y quiero acompañarte hasta cerca de tu casa. Vamos, y acuérdate de que no quiero que estés triste.

El buen anciano se levantó al decir esto, y cumpliendo su promesa, la acompañó hasta la calle de árboles.

Entonces Margarita le besó la mano y se despidió de él, con el corazón más tranquilo y lleno de gratitud hacia aquel buen sacerdote, que era para ella un verdadero padre.

Solo la separaba un corto trecho de su casa, cuando se detuvo sorprendida, creyendo oír á lo lejos el galope de dos caballos.

Detúvose, y escuchó largo rato; pero ansiosa de ver á la adorada enferma, dió de mano á su curiosidad, y empujando con suavidad la puerta, entró de puntillas en la estancia.

Su madre estaba todavía escribiendo, y es imposible imaginar en qué fué su confusión al verse descubierta.

Lanzó un ahogado grito de espanto y de sorpresa, puso apresuradamente los papeles en el pupitre, y lo colocó en el armario, cerrándolo con llave.

Luego se acurrucó en la cama, obstinándose en no responder á las afectuosas preguntas de Margarita.

—Vete, dijo por fin con tono sombrío, vete, déjame, nada quiero.

La jóven alzó las manos al cielo con ademán resignado y salió del aposento.

(Se continuará.)

CONVERSACION CON LAS DAMAS.

Hace algunos días los periódicos dijeron como con temor y con las ménos frases posibles, una cosa muy triste: y os la repetiré, aunque con más temor que los periódicos, y os la repetiré en voz baja, al oído, en estos cuchicheos en que nos entretenemos, lectoras mías.

¡El cólera está en España!

¿Será verdad? Quizá no; ó quizá si ha aparecido retroceda prontamente á los climas donde de preferencia habita.

Esperémoslo así: esperemos en Dios, y veamos, hasta con este terrible azote, lo que puede la fuerza de voluntad.

El czar Nicolás era un hombre parecido á aquel de quien dijo Horacio:

"Sentado sobre las ruinas del mundo, amenazado de ser sepultado en ellas, las vería desplomarse sin palidecer."

Acababa de subir al trono en el momento en que el cólera, llegado del Asia, invadía la Europa espantada. En Rusia halló almas débiles que el miedo volvía furiosas. ¡Qué espanto sentían aquellas poblaciones innumerables ante un mal que les era desconocido! La Rusia es el más vasto imperio del mundo; pero es un imperio que solo cuenta de vida ciento sesenta y dos años: su poder (el de la fuerza) está al nivel de los más grandes poderes: su civilización está atrasada; el pueblo es bueno, humilde y fiel, pero poco dispuesto á someterse á lo que no comprende. Cree en Dios; cree sobre todo en el czar, su pontífice y su rey; solo ve al czar: solo á él ama y escucha; cuando el emperador se ausenta, el pueblo se subleva, gruñe, grita y se enoja; es una mar irridada, á la que un soplo del emperador hace entrar en sus límites; tal sucede en el poema de Virgilio: en medio de la tempestad llega un dios,—el dios del Océano,—dice *quos ego*, y se calma la tormenta.

El cólera hacia espantosos estragos en San Petersburgo; la peste presentaba los más crueles espectáculos de miseria y de muerte; el pueblo, espantado, temblaba bajo el rudo acceso de la fiebre que le devoraba; por todas partes se veían muertos y moribundos; el hambre, el frío, la peste en fin, la ausencia de toda autoridad, hacían de San Petersburgo la más miserable capital del universo.

El pueblo, fuera de sí, se habia reunido en las calles; gritaba, blasfemaba, el siervo amenazaba á su señor; el hijo abandonaba á su padre, y, cosa más espantosa todavía, ¡el padre abandonaba á su hijo!

El emperador se hallaba ausente: en el día más terrible, en aquel en que era mayor el número de víctimas, un grito se dejó oír:

—¡El emperador! ¡Ahí está el emperador!

Todas las miradas se dirigían al palacio imperial: era el czar, en efecto: salió del palacio á la plaza donde aquel se eleva; se adelantaba solo, en medio de un populacho iritado y furioso; solo en medio del contagio, y el populacho se separaba para dejarle pasar: á medida que se apartaban las turbas, se entraba el emperador en la peste, y el ardiente populacho se apretaba de nuevo detras de él.

De todas partes gritaban:

—¡Aquí está nuestro padre!

Los que iban á espirar hacían un esfuerzo, y gritaban:

—¡Adios, padre!

¡Era un gran espectáculo el ver llegar á un hombre á aquel pozo de miserias humanas y tocarlas con sus manos paternas!

Entonces el emperador alzó su voz robusta y sonora, que ningún temor embargaba, y dijo así:

—Hijos, ¿qué queréis? ¡Esta vez nada puedo hacer por vosotros! ¡Mi poder se detiene ante vuestros dolores, impotente para curarlos! ¡Solo puedo morir con vosotros, y orar con vosotros!

Y mostrando el cielo, añadió:

—Hay allí un Soberano, el emperador de vuestro emperador, que es el solo que puede curaros. ¡De rodillas, hijos, y roguemos á Dios!

Esto dicho, emperador y pueblo se prosternaron: el czar bajó hasta el polvo su cabeza descubierta: el pueblo se calmó: la esperanza volvió á su alma: al aspecto de su emperador, que se confesaba mortal, tuvo vergüenza de ser ménos valiente que el czar, y se resignó á morir: para las individualidades, como para la colectividad, la paciencia y la sangre fría son los mejores remedios á todos los males.

Este fué el acto más heroico, el triunfo más grande del emperador de todas las Rusias; porque es mil veces más difícil y más glorioso para un príncipe el afrontar la peste en medio de un pueblo rebelde y furioso, que afrontar la muerte en el campo de batalla, rodeado de soldados valientes y leales.

Desde que el pueblo ruso se resignó á morir, la peste calmó sus furores: fué decreciendo, y desapareció muy pronto.

No tengamos miedo, pues, mis queridas señoras: esperemos con valor, si es que ha de llegar; y esperemos también que se aleje, sin dejar otra señal que el anuncio de su venida.

Las dos capitales más alegres de Europa, son sin disputa París y Madrid: allí se hallan abiertos algunos salones para las encantadoras fiestas vespertinas tan en boga hoy; pero estos salones dan paso á magníficos jardines entoldados de verde, y refrescados por abundantes y sonoras fuentes.

Además de muchas damas, que no van más que á Enghien (á 25 leguas de París) por la mañana para tomar las aguas, y se vuelven por la tarde, además de estas señoras que reciben un día á la semana en los magníficos jardines de sus hoteles, hay muchos jardines donde se dan conciertos públicos con admirables orquestas, á semejanza de los que oímos en Madrid en los jardines del Retiro y en los de la Alhambra: estos últimos conciertos están cada día más brillantes y más favorecidos por una concurrencia distinguida y elegante.

Las demás cortes de Europa han estado muy tristes todo el invierno y primavera pasados.

En Berlin, la edad avanzada del emperador Guillermo y de la emperatriz Augusta, comunica á toda la alta clase una suerte de severidad; y aunque la bella y amable princesa Victoria tiene sus salones abiertos, se dedica tanto al cuidado de sus hijos, á las obras de caridad y á las labores manuales, en las que sobresale extraordinariamente, que sabidas sus aficiones, no solo las damas de la corte, sino todas las demás, la imitan, y se conforman con ellas.

En Viena, la bella y elegante emperatriz Isabel asiste mucho al teatro, y por su delicada salud, pasa gran parte del año viajando ó en el campo: casada su hija, la princesa Gisela, se han acabado las más espléndidas y alegres fiestas de la ciudad de María Teresa.

En Londres, el carácter triste y austero de la reina y el carácter particular de la aristocracia, prescriben la tranquilidad: la princesa de Galles animaba ántes con su graciosa y poética presencia, no solo las representaciones líricas, sino también las recepciones y actos oficiales, pero la sordera de que está afligida desde hace algun tiempo, ha dado á su carácter, que nunca habia sido muy alegre, una extrema melancolía.

Quedan San Petersburgo y Bruselas, cortes de Rusia y Bélgica: más en ambas hay un dolor latente. La czarina piensa constantemente en su hija, casada en Inglaterra, y á cuya ausencia no puede acostumbrarse: y la reina Enriqueta llora aun, y llorará mientras viva al príncipe real, que, niño todavía, bajó al sepulcro, llevándose toda su alegría: esta hermosa soberana ha sufrido también mucho durante los últimos años con la deplorable vista de la infeliz emperatriz Carlota, esposa de Maximiliano y hermana de Leopoldo II de Bélgica: verla tan desventurada y no poderla aliviar, era para su corazón un amargo dolor.

París es hoy, pues, el centro de todos los esplendores: á las nueve de la mañana se halla en toda su animación típica la gran calle de las Acacias, en el Bois de Boulogne: numerosas cabalgatas de caballeros y Amazonas se cruzan en ella, se dan la mano galopando, hablan de un lado á otro de la calle, ó bien organizan de repente y entre dos sonrisas un desafío al galope hasta el fin de la alameda. Los *écuyers* más experimentados del circo no montan mejor á caballo, y no dirigen su montura más fácilmente que algunas bellas jóvenes de la aristocracia francesa y de la colonia extranjera, inglesa, americana y rusa.

Muchos lacayos, con librea de mañana, siguen á los paseantes á la distancia que prescribe la etiqueta, y más de una encantadora dama, vestida con un traje muy sencillo y un sombrero de paja, se pasea á pié, de la manera más confortable y más higiénica.

Todos los *habitués* de la mañana se encuentran, se saludan y organizan el día, como si estuvieran lejos de París: se conviene en ir á la Exposición de pintura y escultura: á las cinco se volverá al Bosque en carruaje, para el paseo elegante, donde los trajes nuevos lucen toda su frescura primaveral; por la noche las amigas y amigos se hallarán en una recepción oficial ó mundana, en el Circo ó en el concierto de los Campos Elíseos.

Tales son los preceptos de la Moda para la distribución del tiempo en la nueva Babilonia; pero separadamente, y además de esto, la caridad infatigable no reposa, y enjuga cada día muchas lágrimas en secreto, y con tan cristiano celo como exquisito pudor. La caridad es también una moda encantadora de nuestros días.

La caridad da fiestas campestres á beneficio de los desvalidos, y la caridad hace prodigia para aliviar el nuevo diluvio, que ha devastado el Mediodía de la Francia.

LA CONDESA DE VALELORES.

